

periores la prohíben, y que la Compañía pretende, no sólo que no se la apruebe, sino que se la combata, como se combatía la de Calvino antes del concilio... Comprended, querido padre, que decir que la estimáis es como si dijerais: Yo profeso, estimo á Calvino,, (1).

Roma había hablado, y esto debía bastar para imponer silencio á la razón. Ocurrió en la Ciudad Eterna una escena entre un doctor en teología de Lovaina y un cardenal, que nos revela los sentimientos de la alta Iglesia. Extrañaba el cardenal que se enseñara en Lovaina la filosofía de Descartes, y el doctor tomó la defensa de la *Alma Mater*. Irritóse con esto Su Eminencia: "Esa filosofía, exclamó, está llena de errores que proceden de una crasa ignorancia., ¡Aman los cardenales tanto las luces! "Después, prosiguió, conduce al ateísmo., No dejó el nuncio de denunciar la nueva herejía á la facultad de teología de Lovaina. Mas hé aquí que el cartesianismo invade la facultad de medicina: nueva denuncia del nuncio, en la cual trató la filosofía de Descartes de *epicúrea*, término que no podía estar mejor escogido para caracterizar una doctrina esencialmente espiritualista. La facultad de filosofía reprobó el cartesianismo con las más severas censuras: "Es un insulto á toda la antigüedad: es una novedad profana, exótica., Este último reproche tiene gracia: la filosofía cartesiana no tenía el sabor del terruño flamenco; luego era falsa, presuntuosa, intolerable, peligrosa para la fe de los Belgas (2) que iban á Lovaina á cultivar su inteligencia. ¡Y eso se llama hoy una venerable institución, fuente de luces, foco de civilización!

Hay, sin embargo, se dice, que hacer justicia en un punto á los enemigos de Descartes, y es que su odio era perspicaz; mas es un mérito bien pequeño, y se reduce á combatir toda innovación, porque todo progreso compromete una fe que se dice inmutable. La oposición entre la nueva filosofía y el cristianismo estalló ya en vida de Descartes. Un ilustre teólogo, gran batallador, que rompió más de una lanza en favor de la transubstanciación, dió la voz de alarma. "La doctrina de Descartes, dice Arnauld, de que la extensión es de la esencia de la materia, es inconciliable con el mis-

terio de la Eucaristía; en efecto, es de fe que, quitada del pan eucarístico la sustancia del pan, quedan en él los meros accidentes, y entre estos accidentes figura la extensión., La fe consideraba, pues, como un accidente lo que la filosofía, de acuerdo con el buen sentido, consideraba como una esencia. ¿Qué responder á eso? Descartes habría deseado, dice su biógrafo, librarse de tocar á esta materia de la transubstanciación; pero, puesto entre la espada y la pared por la carta de Arnauld, no había manera de evitarlo. Necesitó explicarse, á lo menos pasaderamente (1). Compadezcamos al pobre filósofo obligado á demostrar que un cuerpo puede estar en dos lugares al mismo tiempo, obligado á admitir los milagros del cordero ensangrentado, aunque forjados manifiestamente en interés de la causa (2). ¡Hé ahí hasta qué punto tiene que rebajarse la filosofía cuando trata de quedar en buenos términos con la teología! El honrado Baillet concluye que habría hecho mejor Descartes en reconocer de buena fe y sin ambages la imposibilidad moral en que se hallarán siempre los filósofos de demostrar la transubstanciación por los principios de la física, lo cual equivale á decir que hay que optar entre la filosofía y el catecismo. ¿Queréis filosofar? entonces despedíos de la fe cristiana; ¿os atenéis á vuestra salvación á la manera de la Iglesia? entonces dejad á un lado el libre pensamiento.

Una acusación más grave se dirigió contra Descartes. Personas que, por lo demás, no eran, dice Baillet, sus enemigos, creyeron oír un lenguaje conforme al de los *pelagianos* en los términos de su discurso del Método, en que, al tratar del poder de hacer el bien que conocemos y queremos, se expresa así: "No moviéndose nuestra voluntad á seguir ó á hacer ninguna cosa sino según que nuestro entendimiento se la representa como buena ó mala, basta juzgar bien para obrar bien, y juzgar lo mejor que se pueda para hacer lo mejor posible, es decir, para adquirir todas las virtudes y juntamente todos los bienes que se pueden alcanzar., ¿Qué responde Descartes? "Pelagio decía que se pueden hacer buenas obras y merecer la vida eterna sin la gracia, lo cual ha sido condenado por la Iglesia. Yo digo que se puede conocer por la razón natural que Dios existe, pero no digo por esto que merezca ese

(1) *Œuvres du père ANDRÉ*, Introduction de Cousin, p. 88.
(2) D'ARONTRÉ, *Collectio Judiciorum*, t. III, supplem., página 303.

(1) BAILLET, *Vie de Descartes*, t. II, p. 518-520.

(2) DESCARTES, *Œuvres*, t. II, p. 35 y sig., 78 y siguientes.

conocimiento natural por sí y sin la gracia, la gloria sobrenatural que esperamos en el cielo; pues que, por lo contrario, es evidente que siendo esta gloria sobrenatural, se necesitan fuerzas más que naturales para merecerla,, (1). ¡Pobre filósofo! brega para salir del fango teológico como el diablo en el agua bendita. No veía Descartes que comprometía la gracia sobrenatural por el mero hecho de enseñar que para obrar bien basta juzgar bien y para juzgar bien basta la razón natural. Desde este momento la gracia es inútil para la virtud; y ¿se podía creer que no baste la virtud para ganar el cielo? En todo caso, el buen sentido y la conciencia se sublevan contra el pensamiento de que el hombre virtuoso arda en el infierno por no haber creído en la divinidad de Jesucristo y en todas las otras cosas reveladas que dependen de la gracia, y ante ese grito de la conciencia no hay teología que valga.

La acusación de pelagianismo era capital y merecida. Parece que Descartes ignoraba que hubiese habido una caída, un pecado original, teniendo tan plena confianza en la razón como si Eva no hubiera comido jamás del fruto prohibido. ¿Á que, pues, entonces un reparador? ¿Á qué una revelación? El debate entre los cartesianos y los teólogos en el siglo XVII no traspasaba el terreno del dogma; en nuestros días ha tomado proporciones más vastas, y la historia de la filosofía ha revelado una filiación incontestable entre Descartes y su discípulo Espinosa. Leibnitz, á quien nada se le escapaba, hizo ya esta observación: "El espinosismo, dice, es un cartesianismo immoderado; Espinosa no ha hecho más que cultivar ciertas semillas de la filosofía de Descartes., De ahí el reproche de panteísmo que es más peligroso que todas las acusaciones que se dirigían en el siglo XVII contra la filosofía cartesiana, porque el panteísmo no amenaza sólo el cristianismo, sino toda la religión. Un filósofo francés, jefe de escuela, ha tratado de defender la memoria de su querido maestro: defendiendo á Descartes, Cousin se defendía en cierto modo á sí propio de las imputaciones que sin cesar se le han hecho. Pero la causa es mala: en vano se querido Cousin atribuir á la Kábala el panteísmo de Espinosa; sus propios discípulos se han declarado contra él: "La fuerza activa, la fuerza individual, dice un distinguido pensador, no tiene casi puesto en el mundo

cartesiano: allí está el germen del panteísmo,, (1). Y si el hombre no tiene existencia individual, si se confunde en Dios y se pierde en el ser universal, ¿qué es de la religión? ¿Puede haber relación entre el hombre y Dios, cuando Dios y el hombre no hacen más que uno?

III

No sospechaba Descartes las consecuencias que Espinosa había de deducir de sus principios, y sus contemporáneos, á excepción de Leibnitz, no las notaron tampoco. En el terreno del libre pensamiento son estúpidas las objeciones que le hacían los reformados y los jesuitas, cuyos reproches son hoy su título de gloria; que bien la merece por haber inaugurado la emancipación del espíritu humano. Ciertamente es que se detuvo en medio del camino, y tuvo miedo de llegar á la conclusión de sus principios; pero la verdad tiene un poder maravilloso: se desarrolla á despecho de las debilidades y de las contradicciones humanas. El racionalismo cartesiano proseguirá su obra hasta que no quede nada de lo sobrenatural, á que tanto respeto tributaba Descartes, y hasta entonces no se verá enteramente libre el espíritu humano, porque lo sobrenatural es la cadena con que la Iglesia aprisiona á la humanidad. ¿Quiere esto decir que con lo sobrenatural perecerá también la religión? No, se transformará como todo lo que toca á los sentimientos y á las ideas de un ser esencialmente progresivo; mas en su esencia es imperecedera. El hombre no vive sino por el lazo que lo liga á Dios; ¿cómo pudiera, pues desconocerlo?

Los defensores de la Iglesia no tienen, en la estrechez de sus sentimientos, más que acusaciones para el pensador eminente á quien coloca la filosofía entre los libertadores del espíritu humano. Verdad es que Descartes arruinó la religión revelada; pero aunque demolió, reconstruyó también, cumpliendo así la doble misión confiada á los filósofos: echó los fundamentos de la religión natural demostrando la espiritualidad del alma y la existencia de Dios. ¡Singular espectáculo! Los ciegos partidarios de la ortodoxia hacen responsable á la filosofía de la incredulidad que ha invadido el mun-

(1) COUSIN, en el *Journal des savants*, 1801, p. 43-47.—SARISSET, en la *Revue des Deux Mondes*, 1862, t. I, p. 332.

(1) BAILLET, *Vie de Descartes*, t. II, p. 513.

do, cuando hay que agradecer á la filosofía que quede aún alguna fe en las almas. Y no se califique de paradoja nuestro aserto. Si la Iglesia hubiera reinado sola en los espíritus, hace ya largo tiempo que no habría ni vestigio de religión: lo absurdo de sus dogmas y la pretensión de que fuera de su doctrina no hay religión posible habrían conducido á la cristiandad á ese ateísmo absoluto, irremediable, que affige á los pueblos donde la dominación del clero ha destruido toda vida filosófica. Vamos á aducir de ello un testimonio irrecusable.

Ya hemos dicho en otra parte que la incredulidad había invadido el mundo en el momento en que estalló la Reforma. La revolución del siglo XVI contuvo el movimiento restaurando la fe; pero fué impotente para extirparlo, porque la fe que exaltaba era una fe supersticiosa, y precisamente es la superstición la fuente más fecunda de la incredulidad. En Francia, por otra parte, prevaleció la reacción católica, y con las prácticas exteriores y en pos de ellas creció la incredulidad: los contemporáneos nos enseñan que al comienzo del siglo XVII estaban de moda el escepticismo, el materialismo y el ateísmo, y se reflejaban en una literatura licenciosa é impía. "Apenas se halla un gentil hombre en los campos, dice Huet, obispo de Avranches, que quiera distinguirse de los cazadores de liebres y deje de tener un Montaigne sobre su chimenea." Descartes opuso á este oleaje de epicúreos, como él dice, su doctrina sobre la espiritualidad del alma y sobre Dios. ¿Trabajó en vano? Eso nos lo dirá un hombre más joven y que vió el fruto de sus esfuerzos. Un testigo no sospechoso, Arnauld, es quien habla: "Se debe mirar como un efecto singular de la providencia de Dios lo que ha escrito Descartes para contener la espantosa tendencia de muchas personas de estos últimos tiempos hacia la irreligión y el libertinaje por un medio apropiado á su disposición. Son gentes que no quieren admitir sino lo que se puede conocer por la luz de la razón; que tienen una completa repugnancia á comenzar por creer; que consideran débiles de espíritu á cuantos hacen profesión de piedad, y que se cierran las puertas de la religión por la prevención que abrigan de que lo que se dice de otra vida es pura fábula, y de que todo muere con el cuerpo. Parece, pues, que lo que más importaba para la salvación de todas esas gentes y para impedir que se extendiera cada vez más el contagio era tur-

barlos en su falso reposo que sólo se apoya en la persuasión en que están de que hay debilidad de espíritu en creer que nuestra alma sobrevive á nuestro cuerpo. Ahora bien, Dios, que se sirve como le place de sus criaturas y que oculta así los efectos admirables de su Providencia, ¿podía causar mejor esa turbación, tan á propósito para hacerles entrar en sí mismos, que suscitando un hombre que tuviera todas las cualidades que pudieran desear esas gentes para rebatir su presunción y obligarlos, á lo menos, á entrar en justa desconfianza de sus pretendidas luces; una elevación de espíritu extraordinaria en las ciencias más abstractas; una aplicación decidida á la sola filosofía que no les es sospechosa; una profesión explícita de despojarse de todos los prejuicios comunes, lo cual es muy de su agrado, y que, por lo mismo, ha encontrado el medio de convencer á los más incrédulos, con tal de que quieran únicamente abrir los ojos á la luz que se les presenta, de que nada hay más contrario á la razón que pensar que la disolución del cuerpo sea la extinción de nuestra alma?" (1).

Descartes reconcilió á los incrédulos con las creencias fundamentales de toda religión, pero no le fué dado atraerlos al cristianismo. Esto era imposible, porque era la superstición lo que les había alejado de la religión cristiana, y Descartes preconizaba demasiado la religión oficial, incluidas las supersticiones. Por eso no tardó en desaparecer su influencia: en el siglo XVIII está ya casi olvidado el nombre de Descartes. ¿Era ingratitud? No; los libres pensadores no podían ver su maestro en un filósofo que pretendía demostrar con sus principios, como decía Voltaire, que puede un accidente existir sin sujeto y estar un cuerpo á la par en dos lugares; se tapaban los oídos, añade el gran satírico, al oír semejantes enormidades, y pasaban adelante. El siglo XVIII procede más bien de Espinosa que de Descartes.

§ II.—Espinosa.

Cousin compara á Espinosa con Descartes, y la comparación no favorece al filósofo de Amsterdam. Descartes, dice, fué un modelo de discreción y de prudencia en la conducta; el ilustre escritor

(1) BOUILLIER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, t. II, páginas 156-158.

admira la rara prudencia con que se condujo el filósofo del siglo XVII: "Dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona, contemporizó con los jesuitas y reservó prudentemente su demostración filosófica del movimiento de la tierra después del proceso de Galileo," (1). El discípulo no se parecía al maestro; Espinosa repetía con frecuencia que había tomado con placer esta máxima de Descartes: "No aceptar nada como verdadero, sino lo que como tal es conocido con evidencia." Hasta aquí estaban de acuerdo; pero el pobre judío cometió el yerro de creer que esta máxima filosófica estaba hecha para ser practicada. Habiendo concebido dudas acerca de las creencias religiosas en las cuales había sido educado, dejó de observar la ley de Moisés, y de aquí provino un grande escándalo en la pequeña comunidad de Amsterdam. Ofrecieronle á nuestro filósofo una pensión de mil florines porque asistiera de vez en cuando á la sinagoga; mas Espinosa, convencido de que la doctrina de los rabinos era falsa, rechazó la oferta, declarando que aun cuando quisieran darle diez veces más no lo aceptaría ni frecuentaría sus asambleas, porque no era hipócrita ni buscaba más que la verdad. Hé ahí el crimen; oigamos las reflexiones que inspira á Cousin: "Descartes, en el lugar de Espinosa, habría seguramente rehusado también una pensión, señal de recompensa de una fe que no hubiera abrigado en su alma; pero una filosofía más madura y más elevada le habría hecho considerar como una gran falta herir sin necesidad creencias dignas de respeto, y sin celo fingido, como sin desdén bien poco filosófico, había asistido alguna vez á la sinagoga y orado á Dios con los hermanos que le había dado la suerte," (2).

Lo que Cousin condena como una gran falta es, á nuestros ojos, la glorificación de Espinosa, y el elogio que hace de la prudencia de Descartes es su afrenta. Si la filosofía no consiste más que en palabras y en bellas frases, concebimos que se pueda juntamente ser filósofo y llevar un cirio en las procesiones; pero en tal caso no vemos para qué pueda servir la filosofía, como no sea para ser profesor y académico. La filosofía no es nada si no constituye una convicción tan profunda para el filósofo como las creencias religiosas lo son para los fieles.

Ahora bien, ¿se comprendería que frecuentara un católico los templos protestantes ó las sinagogas de los Judíos? Se le trataría de hipócrita. ¿Sería acaso la hipocresía una virtud en los filósofos? ¿Lo que es el vicio más vil en un creyente se convierte en señal de una elevada filosofía en el libre pensador? ¡Dios nos libre de semejante sabiduría! Por nuestra parte nos inclinamos con respeto ante Espinosa: si la filosofía tuviera sus santos, él merecería culto sin duda; pero hay un culto más puro que el que los católicos tributan á sus santos, y es el de imitar las virtudes de los que honramos como guías divinas de la humanidad. Entre estos grandes hombres ocupa Espinosa el primer puesto, precisamente porque prefirió vivir con unos pocos cuartos al día á profanar su conciencia fingiendo una fe que no tenía.

En cuanto á Descartes, sea la que quiera su grandeza como filósofo, jamás verán en él los hombres que aman la verdad un modelo que seguir, sino debilidades inexcusables que evitar. Si el siglo XIX sufre, si parece que decae, es porque no tiene el valor de practicar lo que piensa: ha desertado del cristianismo en su fuero interno, y continúa llamándose cristiano. ¿Qué resulta de aquí? Que no tiene regla de conducta; no quiere ya la regla religiosa, y la regla filosófica no es más que una vana teoría. De ahí las vergonzosas flaquezas de que somos testigos y que harían desesperar del porvenir de la humanidad si no tuviéramos una firme confianza en el gobierno de Dios. Para elevar los espíritus no hay que predicarles una elevada filosofía que conduce á no tener ni fe ni ley; mas es necesario predicarles, y predicar con el ejemplo, que los que se aparten de la Iglesia deben reemplazar la fe que abandonan por convicciones más verdaderas y ajustar su vida á sus convicciones. Sólo á esta condición tienen el derecho de separarse de los hermanos que les ha dado el nacimiento, y este derecho es al propio tiempo el más imperioso de los deberes. Así se regenerará la sociedad; con la doctrina y la práctica de una sabiduría hipócrita perecería en la podredumbre.

Faltábale á Descartes el valor moral, sin el cual no hay verdadero filósofo, y esta pusilanimitad influyó en sus concepciones filosóficas: no se atrevió á abordar las cuestiones religiosas. Espinosa, por lo contrario, lo osó todo y arregló su vida de modo que fué libre como el pensamiento: vi-

(1) COUSIN, *Fragments philosophiques*, t. II, p. 175-176.

(2) COUSIN, en el *Journal des savants*, 1831, p. 79.